

Madrid — esos dos ó tres círculos sociales que constituyen el núcleo de las *personas conocidas* — se refugió en la Comedia, fijando los jueves para reunirse allí como se reunía en el turno segundo del Real. Las demás noches, aun cuando no es la concurrencia ni tan numerosa ni tan lucida de trapos, moños y títulos nobiliarios, no falta auditorio para Novelli. Los legítimos aficionados prefieren esas noches *sin crème*, porque en ellas saca Novelli á relucir lo selecto del repertorio, mientras los jueves sale del paso con las *farse*, los monólogos ó los comediones de brocha gorda y figurón.

* *

Antes de decir qué pienso del repertorio de Novelli, intentaré definir la personalidad artística y las especiales aptitudes del gran comediante. A mi juicio, Novelli no es el *galán* (tipo ideal, en España, del actor, merced á las tradiciones y á las tendencias persistentes de nuestra literatura dramática). Novelli es en toda la fuerza de la palabra un *característico*. Jamás veréis que elija un papel de amor y bizarría. No esperéis que encarne á Romeo, ni á Antony. Aunque todo es fácil á su talento, hay cosas que le son inadecuadas. Los grandes triunfos de Novelli los obtiene cuando acentúa el *carácter* de una manera humorística, y mezcla la nota cómica á la alta tensión de la tragedia; cuando es á la vez aterrador y risible. Vedle en *Luis XI*, con su mano retorcida y su labio colgante, haciendo garatusas á las labradoras; vedle de *Shylock*, ceceando, sobándose la barba, arrastrando las chancas, sucio y mugriento; vedle de *Petrucio*, baladrón y rufianesco, vestido de mamarracho, canturreando, y diréis conmigo que es, ante todo y sobre todo, el *característico*; el actor que prescindiendo de la solemnidad y la nobleza, de la poesía aparente de los papeles, busca la nota artística en ciertos rasgos que sólo el análisis puede suministrar, y sabe excitar la sensibilidad por medio de la risa, que es la nota peculiar del humorismo.

Los que seguimos atentamente el desarrollo de las facultades de este genial actor, percibimos que, sin decaer en lo dramático y lo trágico, se inclina cada vez más á lo cómico (alta comedia, claró está, y al escribir *alta comedia* no me refiero especialmente á la comedia de *levita*, sino á la comedia *muy literaria*). En *El Avaro*, de Molière, puede decirse de Novelli que alcanza la perfección suma. Hay un monólogo, *Diogene* (que es alta comedia, aun cuando sea el héroe un pobrete colillero), donde Novelli demuestra bien lo que afirmo. Mezcla de risa y lágrimas, arrancadas las lágrimas á veces por la risa: tal es la índole del talento, humano y realista, de Novelli.

Debe á la naturaleza el cómico italiano una cara *blanda*, dúctil, movable, de flexibilidad extraordinaria, y unos ojos parleros de sorprendente expresión. He conocido actores de mérito, que han luchado toda su vida con la dureza, con la inmovilidad del rostro. Actor que tenga la cara de madera, jamás dominará al público. Y hay fisonomías así, cerradas, densas, sin juego, sin luz, bellas acaso, ó nobles, ó simpáticas, pero paradas, resistentes, en que la emoción, verdadera ó fingida, no abre surco. La de Novelli es una fisonomía que representa: por eso suele arrancar entusiastas aplausos sin hablar, sin accionar; los silencios, en Novelli, valen oro. Conociendo la acción que ejerce con el gesto, se le podría acusar de que abusa del gesto: jamás veréis en Novelli — como se ve alguna vez en todo el mundo — esa calma del rostro, esa indiferencia inexpresiva, que revela el descanso del alma. Con salir al proscenio y mirar fijamente á los espectadores, le basta á Novelli para conmover, para hacer reír, para embargar el espíritu y sugerir lo que va á manifestar verbalmente. A la cara del actor corresponden sus manos, largas, finas y elocuentes ellas también. Con las posiciones de la mano, con el modo de agarrar, verbigracia, el asa de una taza de té, Novelli sabe decir infinidad de cosas. En *Luis XI*, las manos de Novelli representan tanto ó más que el rostro.

* *

Dos repertorios tiene Novelli, tan opuestos que apenas se concibe que los explote un mismo actor. A mi ver, se explica el problema suponiendo que Novelli cree que hay dos públicos, y lo que el uno saborea el otro lo rechaza. En esto Novelli no se equivoca. Existe un público muy numeroso, que dice que sólo va al teatro «á divertirse, á pasar un rato de solaz», y vuelve la cara por no ver cuando Amleto salta frenético á la fosa de Ofelia ó hace tristes reflexiones

con la calavera de Yorick en la mano. Existe otro público, goloso de arte, que espera de Novelli algo más de lo que á diario le ofrecen los teatrillos por hora y las exhibiciones grotescas y equívocas de Fréngoli, y desea oír las frases de Shakespeare en boca de un intérprete digno de él. Para el primero de estos dos públicos, y acaso para dormir cada dos noches, se trae Novelli una colección de obrillas de mala muerte, desatinadas, anticuadas, que sólo él conseguiría hacernos tragar. *El rapto de las Sabinas*; *La familia Barilotti*; *La tía de Carlos*; *Las sorpresas del divorcio*, son ejemplares de este género inepto, que divierte á muchos y hastía á no pocos. ¡Salto prodigioso y mortal el que pega Novelli desde esos disparatones hasta las alturas de *Amleto*, *Otelo* y *El mercader de Venecia*!

Siendo Novelli tan admirable en el género cómico, yo encontraría de perlas que nos diese comedias; pero comedias del fuste del *Avaro* y *La Tarasca*. En Molière y en el mismo Shakespeare encontraría filones que explotar. Shakespeare es rico en comedias deliciosas y de fácil arreglo, y si no, ahí están *Mucho ruido para nada* (en castellano deberíamos decir *Más es el ruido que las nueces*), *Las alegres comadres*, y otras cuatro ó seis, que pudieran refrescarse y hacer reír con gracias no menos sazonadas que las de *La Tarasca* ó *bisbética* y su fiero domador. En el teatro francés sobran comedias, sin necesidad de recurrir á las que se han quedado tan rancias y manidas como *Las sorpresas del divorcio*, escrita para circunstancias especiales, los debates sobre el proyecto de ley Naquet.

Tampoco me complacen mucho, en el repertorio de Novelli, ciertos melodramas trasnochados ó lacrimoso-cursis, como *Papá Lebonnard*, y el viejísimo de Giacometti, *La muerte civil*. Todo ello huele á alcanfor, lo mismo que los armarios donde se guarda ropa en desuso, ó está apolillado, como la misma ropa cuando queda abandonada en las perchas. De Novelli esperamos, y con justa razón, que nos ha de traer, ó las joyas del arte clásicas ya, esos tesoros que las generaciones se transmiten con veneración amorosa, ó lo que hoy se admira y discute y simboliza las nuevas direcciones literarias: Ibsen, Tolstoy, Turgueniev, Sudermann, Metterlinck. Avidos estamos de conocer todo eso, para juzgarlo, para reprobarlo si se tercia, para desengaño ó para lección; y cuando Novelli nos ofrece *Los aparecidos*, *Magda*, ó *El pan ajeno*, se lo agradecemos en el alma, y le perdonamos, en atención á la buena obra, las familias Barilotti, las insipideces y ranciedades que á fuerza de gracia y de habilidad nos cuele por la garganta...

Lo que no me explico es el porqué Novelli, que conserva en su repertorio el *Luis XI* de Delavigne, no cultiva el teatro de Víctor Hugo. El papel de protagonista en *El rey se divierte*, me parece cortado para Novelli, que haría de él una creación. También echo de menos en su lista el *Ricardo III* y *La ley del Talión*, de Shakespeare. ¡Qué *Ricardo III* sería Novelli! Hasta creo — no sé si me equivoco — que al apoderarse de ese papel no tendría que exponerse á comparaciones, ni que luchar con el recuerdo de Rossi, que algunos evocaban la noche de *Amleto*.

En suma, el repertorio de Novelli nos abre el apetito, sin satisfacerlo del todo. Nos deja, como suele decirse, á media miel. Nos tasa el gusto, cortándolo estrecho para el afán que sentimos de nuevo y de viejo — de nuevo bueno, de viejo sagrado. — Cuando se reparten los programas para cada semana de funciones, y vemos que abundan las farsas y las comedias francesas de chicha y nabo, se nos pone la cara muy larga, muy triste, y cambiamos ojeadas expresivas de palco á palco, de palco á butaca, y subimos las cejas y los hombros, como diciéndonos resignadamente: «Hay *Zia di Carlo* hasta que llueva.»

En esta sección ínfima del repertorio de Novelli se demuestra, no lo negaré, el mérito singular del ilustre comediante. Él consigue que toleremos y que hasta celebremos escenas descabelladas y chistes fiambres. Representadas por otro, ciertas comedias nos infundirían dulce sueño ó una furia insana, que pararía en arrojar á la escena bancos y sillas. Hay que rendir á Novelli la justicia que merece: su maestría lo salva todo. Podría defenderse, con no endebles argumentos, la paradoja de que Novelli suprime el arte dramático, igualando á los desconocidos perpetradores de un sainetón con el genio universal y prodigioso de Shakespeare. Es el modo de representar de Novelli algo equivalente á la salsa con que un gran cocinero sabe dar á todos los manjares igual y grato sabor. No obstante, preferiríamos que la rica salsa cubriese siempre manjares escogidos, sanos, nutritivos... Al buen entendedor, pocas razones. Novelli, que posee cultura literaria, sabrá hacerse cargo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ERMETE NOVELLI Y SU REPERTORIO

La primera vez que el gran comediante italiano vino á Madrid no tuve ocasión de verle. La segunda — dos años hace — fui asidua á sus representaciones. Comenzó la temporada, por más señas, de un modo lamentable. El teatro de la Comedia, que tan alegre y pulcro parece cuando lo anima una regular concurrencia, tenía aspecto de tumba así vacío, frío, mudo, con un palco ó dos ocupados y con diez ó doce personas en las butacas. Tal era la soledad que reinaba allí, que una noche — noche en que por cierto Novelli se excedió á sí mismo bordando el papel sublime del *mercader de Venecia* — vi, no sin gran terror — porque tengo la debilidad de asustarme de las alimañas, — un ratoncillo que discurría por entre las butacas, juzgándose dueño de la situación.

Eso sí: los contados entusiastas que no perdíamos función de Novelli, estábamos engraidos, envanecidos de nuestra superioridad; desdeñábamos, desde nuestra altura, á las gentes de mal gusto que no aprovechaban un espectáculo tan culto, tan artístico y tan rico en emociones y en variados goces como el que nos ofrecía Novelli. Creíamos ser una minoría asaz distinguida — y se me figura que no nos equivocábamos, ¡qué diantre! — En nuestras reducidas cuanto animosas huestes figuraba en primer término la infanta doña Isabel Francisca, apasionada de arte, una de las pocas señoras que van al teatro *á ver lo que hacen*, no *á ver quién está allí*. La duquesa de Osuna y las señoras de Beruete, Canalejas y Llorente eran fijas y constantes. Si el aspecto del teatro casi desierto podía desalentar á Novelli, la constancia y la religiosa atención de algunas espectadoras tenía para él mucho de halagüeño. Le escuchábamos con tal devoción, que el menor ruido nos parecía un atentado. En la primer representación de *Otelo*, un caballero sentado detrás de mi butaca se dedicaba, estando alzado el telón, á explicar á unas damas el argumento. Se me vino á la memoria una conocida anécdota y exclamé, en voz no muy baja: «¡Qué fastidioso de Novelli, que no me deja oír á este señor!»

Después de algunas funciones transcurridas entre la indiferencia ó más bien el desvío del público, empezó á afluir gente, y la temporada concluyó de una manera honrosa, si no lucrativa. Este año, al anunciarse el abono, cubrióse pronto la lista, y el *todo*

Curioso hombre que ba, un de aunque n de resucit mas, y la Baldía: discusion pronostic calificar oportuna dado cor al salir p rraba el l do gris ce ciéndose, que la pi las prime habían c árboles d retintina abrían lo instrume porciona dro, y qu negarse.

De Sa un santo resonant esplend ni con e Doming, quiera pi brosas y cual la c se cuent las pacifi bre de e leto, un su bielo, nos se i que tan